

LA RELACIÓN PACIENTE - TERAPEUTA

Autor: Joan Coderch

Editorial Paidós, Barcelona, 2001. 261 p.

Reseña por *Angeles Codosero Medrano. Psicóloga clínica y psicoterapeuta psicoanalítica*

En el presente libro, el autor, se adentra en el estudio de la relación paciente-terapeuta desde diferentes perspectivas, mostrando matices que hasta ese momento no se habían tenido suficientemente en consideración, y que indudablemente repercuten en la práctica psicoanalítica. Hace una reflexión profunda en temas muy actuales, dentro de la investigación psicoanalítica, sobre los efectos terapéuticos del psicoanálisis y los dos pilares sobre los que descansa: la interpretación y la relación. Su profundo conocimiento y formación, además de su visión abierta, en otras corrientes, como por ejemplo el psicoanálisis relacional y otras disciplinas como por ejemplo la filosofía del lenguaje o la neurociencia, hacen que el presente libro sea un estímulo para el crecimiento del psicoanálisis actual.

Coderch empieza la **Introducción** del presente libro, diciendo que somos psicoanalistas porque no poseemos el conocimiento de la mente humana, y que cada avance que se produce en este campo, nos enfrenta a inesperadas preguntas, a las que debemos intentar dar respuestas. Y es, en este sentido, de conocer y dar respuesta a los interrogantes que se nos plantean, que utilizamos el método psicoanalítico, basado en el diálogo. En mi opinión, es también en este sentido que Coderch escribe cada uno de sus libros y artículos, como el presente, intentando dar respuesta a interrogantes que se le plantearon al finalizar *La Interpretación en Psicoanálisis (1995)*.

En este libro podemos ver, un claro cambio de perspectiva, donde Coderch empieza a hacer hincapié a la relación paciente-terapeuta, en el proceso terapéutico, donde las interpretaciones que un terapeuta ofrece a un paciente no son nada en sí mismas, si las consideramos aisladas de la relación. Acaba afirmando que la relación es en sí misma terapéutica, siempre que esté desarrollada en un clima de libertad de expresión, franca aceptación, sinceridad, ausencia de crítica y enjuiciamiento; unido todo ello, a la constancia y regularidad, de espacio, tiempo, lugar, metodología básica (*setting* o encuadre). Coderch señala que, en el psicoanálisis tradicional se da por garantizado desde el primer momento el *setting*, y a partir de ese momento, lo que cuenta es la habilidad del terapeuta para interpretar y la actitud del paciente para asimilar las interpretaciones; pero en cambio en el psicoanálisis relacional, el *setting* (interno y/o externo), pasa a ser foco central del tratamiento, donde los conflictos y perturbaciones de los pacientes se exteriorizan, debido a su forma de afrontar el *setting* y a su relación con el terapeuta, por lo que es fundamental ofrecer al paciente un espacio de relación que le permita: pensar sus pensamientos, vivir sus sentimientos y restablecer la conexión con los aspectos disociados y perdidos de su *self*. La posibilidad de ofrecer este espacio dependerá básicamente de la idoneidad del terapeuta para establecer unas relaciones beneficiosas para el paciente.

Para Coderch el objetivo, y propósito de este libro, es el de estudiar, con detenimiento, aquello que sucede entre los dos protagonistas de la terapéutica psicoanalítica, en cuanto son dos personas que están relacionándose entre sí, para conseguir la ayuda demandada. Considera que esta atención a la relación en sí misma, nos permite captar, con mayor exactitud, tonalidades de la relación que hasta hace poco nos han pasado desapercibidas: la interacción constante en la que uno y otro aportan toda su historia personal, sus experiencias y sus expectativas; el campo intersubjetivo, formado por la conjunción de dos distintas organizaciones psíquicas; la psicología de dos personas que emerge de la reunión de dos psicologías individuales; la mutualidad y la negociación sobre las que transcurre el proceso terapéutico; la construcción de significados a través del diálogo, etc

Coderch considera que la visión que se ha tenido, hasta ahora, en psicoanálisis de la relación paciente-terapeuta, ha sido parcial y encerrada en una determinada teoría que descuida todo lo que no entre en sus presupuestos básicos: la teoría freudiana del conflicto impulso-defensa, la teoría kleiniana, la psicología del yo, la psicología del *self* etc. Aunque son muchos los autores que cita, como los pioneros que asentaron las bases para este cambio de actitud, destaca a D. Winnicott, H. Kohut, y H. Rosenfeld. Además de los autores de la orientación propiamente relacional que cita, como a M. Gill, H. D. Orange, R. Schaffer, etc

Según Coderch, otra de las cosas que ha puesto en relieve el psicoanálisis relacional, es el papel creador del lenguaje. El lenguaje ha sido utilizado como un simple instrumento, sin preguntarse nada sobre el mismo. La filosofía del lenguaje, en su vertiente hermenéutica, la antropología y la lingüística, nos han mostrado que el lenguaje no es un mero instrumento para comunicarnos, destacando dos autores M. Heidegger y L. Wittgenstein en la introducción de esta nueva concepción del lenguaje. Para Coderch, a pesar de las profundas divergencias, la hermenéutica, el postestructuralismo y la cultura posmoderna coinciden en dos puntos clave: *toda experiencia es lingüística, y todo conocimiento es interpretación*. Coderch considera que el lenguaje (verbal y no verbal) tiene un papel decisivo en la experiencia y creación de significado, a la hora de estudiar la relación paciente-terapeuta.

El capítulo I ***Las Repercusiones de la Cultura Contemporánea en el Pensamiento Psicoanalítico***, es de gran complicación, pero importantísimo para poder comprender, en toda su extensión, los siguientes. Se ocupa de la influencia que han tenido, en el pensamiento psicoanalítico, los movimientos sociológicos, culturales y filosóficos, especialmente la cultura o pensamiento posmoderno, y como han intervenido en algunas modificaciones de la teoría y práctica psicoanalítica, para lograr una mayor comprensión de la relación paciente-terapeuta. Coderch en este libro, no considera, los avances de la neurociencia, que sí considera en obras posteriores, dando mayor solidez a sus argumentos sobre la comprensión de la relación paciente-terapeuta.

Para Coderch, el pensamiento posmoderno puede comprenderse como una reacción al extremo positivismo, neopositivismo y empirismo lógico, que impregnaban la ciencia, la cultura, la filosofía, y en general, la concepción del mundo y de la vida del siglo XIX y

primera mitad del siglo XX. Esta concepción se caracterizaba por el positivismo, la fe en la razón y en la ciencia, por el convencimiento de que hay verdades esenciales y de que, mediante la inteligencia y las investigaciones científicas, la verdad irá siendo descubierta progresivamente, y la humanidad acabará por dominar a la naturaleza. Las supersticiones, las religiones y los mitos desaparecerán, y el conocimiento científico guiará la vida de los seres humanos de una forma racional para conducirles a la felicidad. Freud era un típico representante de este tipo de pensamiento; aunque al final de su vida, en *Análisis terminable e interminable*, parece que había abandonado gran parte de este pensamiento. Freud, y los científicos de esta época, intentan eliminar el factor subjetivo en las investigaciones, y se afanan por encontrar leyes universales que lo explicarían todo de forma objetiva. La insistencia de Freud de neutralidad, abstinencia, anonimato, objetividad, era una manera rígida de separar el observador de aquello que era observado. Fueron los físicos los que cayeron en la cuenta de que el observador modifica aquello que observa, y que el principio de objetividad no se sostenía. Al mismo tiempo, los avances de la tecnología en los medios comunicación dan lugar a la instauración de una era en la que predomina la realidad virtual sobre la realidad y experiencia directa. Todo ello, ha ido originando, lo que conocemos como cultura o pensamiento posmoderno.

Coderch hace, en este capítulo, una síntesis de lo que él considera que es el pensamiento posmoderno, debido a las divergencias que existen. El pensamiento posmoderno se opone la fe ciega en la ciencia, en el razonamiento y la metodología científica. Y desde este punto de vista, la verdad es perspectiva, plural, fragmentada, discontinua, calidoscópica y siempre cambiante.

Coderch distingue entre posmodernidad para denominar una etapa histórica, y posmodernidad como concepto para clasificar una cultura. Desde el punto de vista histórico nos hallamos en la posmodernidad, pero desde el cultural nos hallamos en la dialéctica modernidad/posmodernidad. Y dado que el psicoanálisis tiene muchos puntos en contacto con el pensamiento posmoderno, dado que los temas de interés son las relaciones, el *self*, la subjetividad, el conocimiento y la realidad, es por lo que el psicoanálisis, paralelamente, se encuentra en la dialéctica psicoanálisis tradicional y psicoanálisis relacional.

Coderch intenta profundizar un poco más sobre la dialéctica modernidad/posmodernidad. La filosofía moderna conceptualizó el *self*, como una identidad diferenciada y estable; en cambio la posmodernidad rechaza la idea de que los seres humanos tengan un núcleo central y unitario, dada su desconfianza en la cultura de la Ilustración, basada en la confianza de que la razón liberaría a la humanidad de todos sus males. No se trata, según Coderch, de que la cultura posmoderna rechace la ciencia y la técnica, sino que no confía que se puedan descubrir verdades universales. Los pensadores posmodernos son partidarios de una valoración del *self* y de la sociedad basada en las reglas de los sistemas del lenguaje. Los posmodernos de orientación constructivismo social, argumentan que los sucesos no tienen otra realidad que las descripciones lingüísticas, lo mismo ocurre con el *self* individual y con la identidad. El *self*, de acuerdo con esta orientación, sólo es una experiencia que se desarrolla en función del entorno social, del momento, de manera que cada sujeto

posee diversos *selves*, según los diferentes entornos y requerimientos de su vida social y profesional. Desde este punto de vista, el mundo y la realidad son construcciones a través del lenguaje y las convicciones sociales. Esta visión nos conduce a una creatividad, para jugar con la perspectiva del *self* y de la propia identidad, por lo que la vida humana es juego y este es el sucesor de la realidad.

Coderch aclara que el pensamiento posmoderno no es relativista, de lo cual se le acusa, sino pluralista. Aclara que para el relativismo, una proposición puede ser verdadera o falsa, según la perspectiva desde donde se la mire. Y el pluralismo sostiene que no existe una única posible descripción del mundo, y por lo tanto no hay una proposición verdadera o falsa, sino diversas perspectivas o teorías para explicar la realidad, y no son necesariamente incompatibles. Coderch, de acuerdo con esto, entiende la posmodernidad como una modernidad sin falsas ilusiones, como un estado de la mente, donde la ambigüedad, el pluralismo, la contingencia, y la incertidumbre, no son vistas, como distorsiones o patologías que han de ser vencidas, sino como modos de experiencia social y científica que ponen en evidencia la imposibilidad de la objetividad total y de la verdad absoluta y universal.

Coderch aclara que se ha de distinguir entre el pensamiento posmoderno, cínico y radical, influido por filósofos europeos (Nietzsche y Heidegger), del pensamiento posmoderno positivo emparentado con la cultura angloamericana. Y es en este último donde se encuentra emparentado con el interpersonalismo de H. S. Sullivan. Además los psicoanalistas de orientación posmoderna se sienten atraídos por el pensamiento kleiniano, y especialmente por Bion. Esto no es de extrañar, según Coderch, si se tiene en cuenta que el denominador común del psicoanálisis influido por el pensamiento posmoderno es la interacción paciente-analista, en el papel que desempeña el analista en la transferencia del analizado y el rechazo del modelo donde el analista es un observador distante, que interpreta sin tener nada que ver con lo que sucede en la mente del paciente, propio de la psicología del yo. Bion ha influido en el pensamiento posmoderno por la importancia que da a la imaginación, a la fantasía, a lo desconocido y al punto 0, equivalente a lo que los psicoanalistas relacionales denominan la auténtica subjetividad. Pese a todo lo expuesto sobre la influencia del pensamiento posmoderno positivo, Coderch considera que, no se puede abandonar la aspiración a la ciencia, pero hay que entenderla como una empresa social en busca de una verdad, que puede ser evaluada pragmáticamente, pero sin poder acceder totalmente a ella.

Para Coderch, la penetración de la posmodernidad en el psicoanálisis ha dado lugar a dos tipos de efecto. Por un lado se han desarrollado nuevas orientaciones, que incluso han creado escuela. Y por otro lado, estas orientaciones, se han introducido en las escuelas tradicionales y han motivado transformaciones. Una de las transformaciones más importantes que se está dando, en la teoría y la práctica psicoanalítica, es la manera de entender la transferencia. Globalmente ha sido válido para todas las escuelas, entender la transferencia, como una distorsión de la persona del analista al serle proyectada las imágenes internas del paciente. El analista, por su parte, siempre se ha considerado como alguien dotado de una visión objetiva de lo que ocurría para advertir al paciente de los falseamientos que lleva a cabo en su relación con él. A partir de la influencia de lo comentado hasta ahora, cada vez son más los psicoanalistas que

consideran el impacto del analista sobre el paciente, y debe examinarse como parte intrínseca de la transferencia, la cual es vista como basada en la mutua contribución de ambos participantes en interacción. Es decir, la transferencia es vista como un hecho psíquico, que tiene siempre una significativa y plausible base en el aquí y ahora de la realidad del analista. El objetivo principal, en el modelo de transferencia visto, como una nueva experiencia, es su plena vivencia y comprensión y, en ella la reparación del llamado defecto o déficit como huella de un desarrollo alterado. Coderch dice, en el presente libro que los dos modelos se combinan y complementan.

Por todo ello, Coderch, también manifiesta que el tratamiento psicoanalítico, cada vez más, se ha comparado con un proceso de desarrollo, similar al que viven los niños en relación con sus padres, lo cual ha influido en la manera de discernir la transferencia y los efectos de las interpretaciones. Con ello, no se trata de adoptar una actitud parental, sino de utilizar los conocimientos acerca del desarrollo infantil, para comprender los movimientos transferenciales y las necesidades emocionales del paciente.

Igualmente Coderch, considera que todas las transformaciones en la teoría acaban en transformaciones en la práctica, y que en lugar de hablar de metas a conseguir en el proceso analítico, se decanta por hablar de expectativas, y lo enlaza con el siguiente capítulo.

La cuestión que se trata en el Capítulo II ***El Objetivo de la Relación Paciente-Terapeuta: El Cambio Psíquico***, ha sido siempre una cuestión de máxima importancia dentro de la teoría y la práctica del psicoanálisis. Coderch, a pesar de la gran dificultad que ello comporta, y las múltiples opiniones y dudas, se ve en la necesidad de reflexionar sobre el cambio psíquico, dado que este es el objetivo que persiguen, tanto el paciente como el terapeuta, en su relación. También, por lo tanto, se pregunta por la relación de éste, con el concepto de modificación de estructura.

Coderch cree que, para los psicoanalistas, en relación con el proceso psicoanalítico, la idea de que no hay nada inmutable y de que todo se halla en permanente flujo, es particularmente atractiva, porque se aproxima a nuestro concepto de mente. No consideramos la mente como algo estático y fijado, sino como un conjunto de funciones psíquicas en continuo movimiento, el resultado de una constelación de pulsiones, fantasías, emociones, deseos y ansiedades que interaccionan constantemente entre sí, y junto con los estímulos externos y del propio organismo. Concebimos la mente como algo que se halla en estado de movimiento ininterrumpido. Desde este punto de vista, el cambio es posible porque la mente es dinámica, y a la vez los pacientes continúan siendo ellos mismo, dado que no altera la identidad de una cosa, dado que en sí misma es movimiento. Lo que se ha modificado en los pacientes de los que decimos que han cambiado, es el sentido, el equilibrio y la configuración de este constante movimiento de funciones psíquicas que constituyen nuestra mente. Todo ello, según Coderch, lleva a la noción de estructura, puesto que toda función revela una determinada estructura de los elementos que intervienen en ella, y consecuentemente, todo cambio de función refleja una modificación de la estructura.

Coderch considera útil diferenciar entre estructuras psíquicas nucleares y estructuras psíquicas derivadas o secundarias. Las estructuras psíquicas nucleares son las que se crearon en las primeras fases del desarrollo infantil. Son difícilmente influibles, obedecen a las pautas del proceso primario, y tienden a ser inconscientes. Con la maduración, a partir de tales estructuras nucleares, evolucionan otras, ligadas a las emociones, conflictos intrapsíquicos y defensas; así como procesos de relación interpersonal y de adaptación, que son significativamente influibles por las experiencias interpersonales.

Para Codech, el llamado cambio estructural, ha sido abandonado, sustituyéndolo por el de descubrimiento y expresión de la autenticidad del paciente, la adquisición de nuevas pautas de relación con los otros, y con uno mismo, así como la utilización de la estructura básica con otra modulación y otros objetivos.

Se puede abordar la visión de la estructura de la mente, tanto a partir de la manera en que están ordenados, entre sí, los diferentes elementos que la constituyen, como de las funciones mentales, organizadas y vinculadas entre ellas, según determinadas pautas. Como la mente no es visible, podemos detectar sus funciones: memoria, atención, deseo, emociones, y a partir de estas funciones conjeturar la existencia de una estructura de las que son expresión. Coderch considera que el concepto de estructura subyacente a las funciones psíquicas es imprescindible. Además de su poder explicativo, este concepto establece enlaces entre el psicoanálisis y la investigación en neurofisiología y psicología cognitiva. Estudios de Schwartz sugieren que el concepto general de estructura psíquica se halla en la frontera entre el soma y la psique, y que esta estructura psíquica está en estrecha relación con la organización biológica. Además, se deduce que las variaciones en el input, a causa de los estímulos ambientales y de las relaciones interpersonales durante los primeros periodos de crecimiento, tienen efectos sobre la estructura cerebral y sus funciones.

Entonces, Coderch, se pregunta de qué manera se explica el cambio en el curso del proceso psicoanalítico, si consideramos que las estructuras son pautas estables en el flujo continuado de los procesos psíquicos, y, suponiendo, que se hallan entrelazados con una determinada base biológica. J. Sandler y A.M. Sandler quienes juzgan el cambio psíquico consistente en un cambio estructural, resuelven la cuestión anterior, diferenciando entre cambio estructural y cambio en la organización de la estructura, y este último es el único cambio factible. Hablan que los cambios en el funcionamiento del yo, como la regresión, no involucran cambios en la estructura, proceso que ellos denominan la pérdida de la autonomía funcional. En contraste, la autonomía estructural sólo se pierde en el curso de ciertas patologías orgánicas y psicóticas. En relación con los procesos de cambio, creen que, si consideramos los procesos progresivos, en lugar de los regresivos, se puede decir que el resultado de nuevas estructuras y de una distinta organización estructural da como resultado la inhibición de viejas soluciones frente al conflicto. Coderch, siguiendo a los anteriores autores, dice que, casi con toda seguridad, los conflictos nucleares no se resuelven nunca, y lo que se puede alcanzar es que el paciente encuentre nuevas soluciones para los antiguos conflictos, partiendo de las mismas estructuras básicas.

Por todo lo dicho, el cambio psíquico se alcanza mediante la elaboración de las interpretaciones que le ofrece el analista acerca de sus fantasías inconscientes, expresados primordialmente en la relación transferencial, y también en la relación con otras personas de su entorno, por lo cual hablamos de interpretaciones transferenciales y extratransferenciales. Coderch afirma que las relaciones de soporte, acompañamiento y dirección, pueden favorecer la aparición de cambios psíquicos, e incluso de posibles modificaciones estructurales (secundarias o organizaciones estructurales); pero es, también la experiencia de la vida, fuera de toda relación terapéutica. Pero esto no nos autoriza a colocar en un mismo plano la experiencia y la relación de soporte y acompañamiento, por un lado, y el insight y la interpretación de la experiencia de la relación, dentro del *setting* psicoanalítico, por otro. Lo que sostiene Coderch, no es sólo que la interpretación y el *insight* pueden dar lugar a cambios psíquicos significativos, sino que esta nueva experiencia de relación es promotora de cambios psíquicos, en la medida en que las fantasías inconscientes y emociones subyacentes a ellos son comprendidas y elaboradas gracias a la interpretación y el *insight*.

Coderch aclara la diferenciación entre cambio psíquico y resultados observables, puesto que tienden a equipararse. Para Coderch, el verdadero cambio psíquico es la modificación de las organizaciones estructurales, y no ha de confundirse con lo que se observa externamente en el comportamiento. Se refiere a una reorganización de las relaciones objetales internas, es decir, de las relaciones de los objetos entre sí, y de las relaciones del *self* con los objetos. La diferencia estriba en la manera en la que se llega a esta nueva configuración estructural, según las diferentes escuelas. Para Coderch, la manera en que se puede producir el cambio psíquico es a través, casi exclusivamente, de la nueva experiencia de la relación paciente-terapeuta, y con escaso papel de las interpretaciones, ya que los conflictos que no son verbalizados no pueden hacerse conscientes ni quedar resueltos, ni los elementos de los que se componen son susceptibles de pasar a disposición del yo. Se habla de la capacidad de empatía, contención, interés, es decir, la nueva experiencia de relación como principal agente terapéutico. Coderch considera que la interpretación, como aquello que desconoce de sí mismo, es insuficiente como agente terapéutico, pero no la interpretación que sustenta la nueva relación, ósea la interpretación e *insight* de la nueva experiencia de relación.

En el capítulo III ***Sobre la Relación Paciente-Terapeuta como Unidad Básica de Investigación***, Coderch afirma que, para numerosos psicoanalistas, la mente aislada del paciente no es el objetivo de investigación en el curso del proceso terapéutico, sino la unidad formada por la relación entre uno y otro, objetivo de estudio del psicoanálisis relacional. El psicoanálisis relacional surge de la convergencia de diferentes teorías, espacialmente de las teorías británicas derivadas de la teoría de las relaciones objetales de Klein y Fairbairn, el psicoanálisis interpersonal norteamericano derivado de Sullivan, y las investigaciones del desarrollo infantil. La diferencia entre la teoría de Klein y la de Fairbairn, es que, en esta última, las pulsiones sexuales y agresivas pierden su carácter central, y donde la motivación del ser humano está en la necesidad de buscar conexiones con los otros, mientras que para los kleinianos las pulsiones conservan toda su fuerza.

Coderch destaca como antecedentes históricos del modelo relacional a Ferenczi, cuya obra versa sobre las relaciones entre el paciente y el terapeuta, especialmente de que el analista no repita la historia infantil de paciente, de no convertirse en un agente traumatizante y participante de su trauma infantil; por lo que entiende la transferencia no como algo que surge de la mente del paciente, sino como una co-creación conjunta paciente y analista.

Coderch opina que cada vez son más los psicoanalistas que opinan que, cualquier acto durante la sesión, ya sean interpretaciones, intervenciones como los silencios, y comportamientos, son un acto de relación con el paciente.

El psicoanálisis relacional tiene interés simultáneo por lo intrapsíquico y lo interpersonal, pero lo intrapsíquico, es visto como la internalización de las experiencias interpersonales, mediatizadas por las disposiciones genéticas y neurofisiológicas. Así, para Coderch, son complementarias, y entendiendo las relaciones tanto internas como externas, tanto reales como imaginarias, siendo centrales en la formación y desarrollo de la mente humana así como en su patología y, en el tratamiento de esta.

Coderch considera que el psicoanálisis relacional no es una escuela unificada e integrada, pues parte de diferentes corrientes, si no que más bien agrupa distintas maneras de enfatizar la importancia de las relaciones interpersonales y su repercusión intrapsíquica, tanto en el desarrollo como en el proceso psicoanalítico. Para Coderch el psicoanálisis relacional aporta un enriquecimiento al psicoanálisis tradicional.

Coderch para profundizar en el concepto de interacción, diferencia entre *enactment*, *acting-out*, y *acting-in*, sin confundirse con la totalidad de la interacción. El concepto de *enactment* se utiliza para describir la manera en el que el paciente y el terapeuta actúan verbalmente y no verbalmente, el uno sobre el otro. Es decir como una forma continuada de comunicación inconsciente, influencia interpersonal y persuasión entre paciente y analista. Por otra parte, el *acting-out* se entiende como una forma de comportamiento compulsivo del paciente, como una forma de expresar sus conflictos y ansiedades fuera de la sesión, en lugar de vivirlos en la transferencia con el terapeuta. Se trata de actuar en lugar de pensar. Coderch diferencia entre *acting-out* destructivo y comunicativo. Y la diferencia entre el *acting-out* y el *enactment*, es que el primero es un comportamiento impulsivo abiertamente detectable, y el segundo se trata de una encubierta y continuada relación interpersonal dentro del *setting*. Otra diferencia es que el *acting-out* destructivo supone un ataque contra el terapeuta, mientras que en el *enactment* forma parte de los matices de dicha relación. El *acting-in* viene a significar algún tipo de actividad, verbal o no verbal, que impide el funcionamiento mental del analista. Este término ha caído en desuso por el de “vivir en la transferencia”, entendiendo que el paciente tiene la necesidad de comunicar al analista, a través del intercambio emocional, aquellas ansiedades, fantasías y experiencias, pertenecientes a niveles preverbales y de características psicóticas, que no conoce y no puede expresar con palabras. Esto enlaza el pensamiento de numerosos analistas poskleinianos, como Bion, Rosenfeld, con el psicoanálisis relacional.

Coderch señala que, en la teoría kleiniana, la interacción con el paciente se enfoca primordialmente con el concepto de identificación proyectiva y del modelo continente-contenido de Bion. Actualmente Coderch señala que el concepto de identificación proyectiva no pertenece exclusivamente a lo intrapsíquico, para introducirlo en el campo de la interacción y de las relaciones interpersonales. Dicho de otra manera, la identificación proyectiva, como la transferencia, se produce en la relación de dos o más personas, empleando la identificación proyectiva tanto para comunicar y hacerse comprender, como para provocar en el otro determinados sentimientos o deseos. También el analista proyecta en el paciente, como ocurre siempre entre dos interlocutores. Coderch menciona a Tous, que se ha ocupado de precisar distintos tipos de identificación proyectiva por parte del analista.

Coderch señala la gran contribución en el psicoanálisis, en el campo de la teoría y la práctica, en lo que concierne al proceso psicoanalítico como un espacio de investigación del despliegue de la psicología de dos personas. Por otro lado es fundamental en el modelo relacional la idea de que los deseos aparentemente infantiles, deseos y conflictos revelados en la sesión por el paciente, no son solo huellas del pasado, reactivadas en la situación analítica, sino que son también una expresión de la interacción real con el analista, con todas sus peculiaridades y características personales, es decir la personalidad del paciente, y no sólo la técnica es lo verdaderamente específico. Por todo ello, la personalidad del terapeuta afecta, no sólo a la alianza terapéutica, sino a la misma naturaleza de la transferencia. A causa de que el analista se encuentra continuamente involucrado con el paciente, se ha de incluir la subjetividad del analista de manera que este pueda ser reconocido por el paciente, no como alguien que se halla en posesión de la verdad y objetividad, sino como un coparticipante. En el proceso terapéutico, la transferencia y la contratransferencia depende de ambos participantes en la interacción, y no se ha de pensar que la asociación libre proviene sólo del paciente, sino que todas las asociaciones son respuesta a la interacción. Las reglas de neutralidad y anonimato están para favorecer el desarrollo de la transferencia y asociación libre, pero esto no ha de llevarnos a engaños, pues los hechos psíquicos no emergen de una mente aislada y sin conexión con el medio que nos rodea, al igual que sería una negación entender que el terapeuta no influye.

Coderch para una mayor comprensión del proceso psicoanalítico en la dialéctica psicología individual y la psicología de dos, considera tres aspectos: a) la interpretación: el analista no puede formular interpretaciones totalmente objetivas y desvinculadas de su personalidad b) el silencio como interacción c) la técnica de la asociación libre.

En el capítulo IV ***La Empatía en el Diálogo Psicoanalítico***, Coderch entiende por empatía aquello que el otro nos comunica, dejando resonar en nosotros las vivencias emocionales que nos quiere transmitir. Cree que depende de la identificación proyectiva, la cual es el mecanismo de la comunicación humana. De acuerdo con esto, la reverberación de los objetos internos del terapeuta, concordantes con los del paciente, es lo que da lugar a la empatía. Considera que Kohut es un punto de

referencia, quien vincula la empatía con la introspección. Nuestro mundo interno no puede ser observado a través de los órganos sensoriales, pues nuestros pensamientos, emociones y deseos, no tiene cabida en el espacio físico, sin embargo son reales a través de la introspección y de la empatía con los otros, lo cual constituye una introspección vicariante.

Coderch considera que el concepto de perspectiva empática, entendida como posición de escucha desde dentro del paciente, es más amplio que el de simple empatía, ya que incluye la dialéctica entre la perspectiva del paciente y la del terapeuta. Apuntando a esto último señala las investigaciones sobre la vida emocional del bebé y su relación con los padres. Al igual la psicología del *self* ha insistido en la regulación del sentimiento del estado del *self* según la repuesta de los padres a las demandas del bebé. Además nos invita a recordar la función de *rêverie* de Bion.

Coderch hace una clara diferenciación entre la posición de escucha de la perspectiva empática, y la escucha desde la posición del analista, como un observador externo a lo observado. Esta última se aleja de penetrar en la comprensión de la ininterrumpida interacción entre él y su paciente, y que el terapeuta corre el riesgo de caer en las redes de su teoría, ya que cae en su propia perspectiva y no la del paciente; y además, hay la posibilidad que el paciente perciba las interpretaciones como algo hostil y que reproduce las malas experiencias que vivieron en el pasado, siendo también por parte del terapeuta difícil percibir los cambios rápidos del estado de ánimo y en las fantasías. En cambio desde la perspectiva de la empatía se tiene la oportunidad de tener una experiencia con la experiencia del paciente, y es aquí cuando el paciente puede sentir la interpretación como una co-interpretación, como una comprensión a la que se ha llegado conjuntamente a través de la mutua colaboración, y es cuando se llega a un verdadero *insight*.

Coderch considera que se pueden dar los tres tipos de empatía: la de un observador externo, la de un acompañamiento y la de alguien que escucha desde dentro. El analista ha de tener la facilidad de desplazar su punto de escucha, en distintos momentos y confrontar la perspectiva interna del paciente con su propia perspectiva externa, combinada en ocasiones con lo que entendemos a nivel coloquial de empatía, es decir acompañamiento que ha de otorgar el grado de calidez y afecto necesario a la relación. Entendiendo que la empatía siempre es un proceso de doble dirección; es decir la empatía ha de ser mutua e interactiva, no como un hecho que tiene lugar en la mente de uno de los participantes, sino un verdadero proceso que se desarrolla en el encuentro de dos mentes. Además añade que la empatía debe ser un proceso que se desarrolla en el encuentro de dos mentes; es decir es un proceso de doble dirección. Coderch deja claro que el empleo del término empatía no debe confundirse con simpatía ni con identificación (pensar y sentir igual que el paciente).

Llegado a este punto Coderch se ve en la necesidad de revisar el término de neutralidad y anonimato del terapeuta. Coderch considera que se ve disminuido por el hecho mismo que el analista es alguien que se dedica a una profesión tan poco común como la de ayudar a otras personas a través de la relación con ellas. Afirma que en el

momento que se impone un método y una forma bien peculiar de relación, no cree que pueda ser un ejemplo de neutralidad.

En el capítulo V, ***La intersubjetividad en la relación paciente-terapeuta***, Coderch comenta algunas de las más relevantes opiniones sobre el término intersubjetividad, dado que se utiliza con diferentes sentidos, para acabar exponiendo su propia opinión.

Stolorow y Atwood fueron quienes introdujeron por primera vez el término en el psicoanálisis norteamericano, y destacan que los fenómenos psicológicos no se pueden comprender fuera de los contextos intersubjetivos en los que forman parte. El objeto de la investigación analítica, no es la mente aislada, sino el interjuego entre el mundo subjetivo del paciente y el terapeuta, o del niño y el cuidador. Para ellos, el uso del término intersubjetivismo no presupone la adquisición del pensamiento simbólico, del concepto de uno mismo como sujeto, o de la relación intersubjetiva en el sentido que lo expone D. Stern. También se intenta diferenciar de los que utilizan el término en los estudios de desarrollo infantil, dado que lo utilizan para referirse a campos de experiencia interactiva en los diferentes niveles de desarrollo.

Una de las autoras que más ha influido en la difusión es J. Benjamín, que entiende, también, que el proceso psicoanalítico tiene lugar entre dos sujetos más que en la mente del analizado. Pero esto nos confronta con el problema de reconocer al otro como centro de experiencias, a causa del peso en el psicoanálisis tradicional del término objeto, dado que se refiere a la internalización psíquica y a la representación de las interacciones entre el *self* y los objetos, por lo que se pierde todos aquellos aspectos de la personalidad que no se están relacionando con el *self* de aquel que se está relacionando con ese otro. Para ella, por lo tanto, donde estaban los objetos han de devenir sujetos. Considera que las dos dimensiones de la experiencia, con el otro como objeto y como sujeto, no son opuestas, sino complementarias, refiriéndose a la dimensión intrapsíquica y a la dimensión intersubjetiva. En la experiencia intersubjetiva el otro no es únicamente percibido como el objeto de las necesidades, los impulsos o la cognición del yo, sino como separado y análogo *self*. Por tanto, el concepto de intersubjetividad nos lleva a un proceso dialéctico en que los interlocutores se reconocen el uno al otro como centro de experiencia subjetiva, pero también negando al otro. Coderch, al igual que esta autora, cree que esta visión de los dos extremos, es importante, porque si en un proceso no se alcanza la mutualidad de reconocimiento del otro con facilidad, se establece una relación de dominancia-sumisión

Para Stern, el concepto de intersubjetividad se refiere a la capacidad, adquirida a través del desarrollo, de reconocer al otro como un centro separado de experiencia subjetiva, con lo que se pueden compartir los propios estados subjetivos, pero también negando al otro como sujeto separado.

Según Coderch, las diferencias más significativas para el interés de la terapia psicoanalítica, se basan en la diferencia que dan estos autores a lo que se denomina el principio de mutua regulación y el principio de mutuo reconocimiento. También habla de la importancia que tiene la identificación proyectiva, que da lugar a lo que Odgen llama

el tercer sujeto, donde, aunque no desaparece la experiencia del paciente y el analista como dos sujetos separados, permite la aparición de sentimientos, sensaciones, fantasías y pensamientos que antes no habían tenido oportunidad de configurarse, creando una diferente subjetividad con otras potencialidades. Cada uno de los participantes sitúa en el otro parte de su personalidad, al tiempo que recibe algo nuevo creado por la proyección del otro.

Coderch considera que se ha de distinguir entre teoría intersubjetividad e intersujektivismo. Entendiendo la primera como la relación que existe entre dos personas en cuanto sujetos que desarrollan experiencias. Y en el segundo hemos de entender el estado en el cual dos personas llegan a un reconocimiento mutuo del otro como sujeto independiente y centro de experiencias equivalentes a las propias. La intersujektividad no siempre se establece cuando dos personas entran en contacto, sino que presupone un estadio superior.

Para Coderch, tanto la teoría de interacción como la intersubjetividad, son formas de enriquecer y pueden integrarse en cualquiera de las corrientes del psicoanálisis actual. El punto de vista de Coderch está en la importancia del reconocimiento del otro como sujeto, se debe a que este reconocimiento es necesario para que el *self* pueda experimentar, en presencia del otro, la propia subjetividad. El sujeto ha de desarrollar la capacidad de reconocer al otro y de percibir que él es gracias a ese otro, para lograr su pleno desarrollo. Eso nos lleva al tema de la empatía, y contrariamente a lo que se ha creído en psicoanálisis tradicional, el paciente no sólo es receptor de empatía, pues no sirve de mucho si el paciente no es capaz de empatizar con el terapeuta, por lo que para conseguir la individualización del *self*, es necesario el reconocimiento del otro.

Coderch considera, junto con otros autores como Odgen, de la existencia de estructuras profundas innatas que nos permiten entender como el bebé puede organizar la avalancha de estímulos sensoriales que provienen de la madre y de múltiples fuentes externas, con el fin de discriminar, e iniciar el juego de la interacción con la madre. Estas disposiciones innatas, por tanto verdades universales, según Coderch se ven en contradicción con los conceptos de intersubjetividad que están emparentados con el pensamiento posmoderno. Y es en esto que Coderch ve al psicoanálisis tradicional que puede integrarse con el psicoanálisis más relacional, es decir, que estas predisposiciones innatas precisan de un contexto relacional e intersubjetivo, para llegar a desplegarse de manera idónea.

En el último capítulo ***Diálogo y Comunicación en el Proceso Psicoanalítico***, Coderch se ocupa del lenguaje en sus dos vertientes: la comunicativa y la acción. Coderch considera, que en un primer momento, la filosofía del lenguaje, y coincidentemente los analistas, se ocuparon por la semántica referencial, dirigida a la función representativa de las proposiciones, mientras que los aspectos expresivos y apelativos quedaron reducidos a la pragmática que no era tenida en cuenta debido a la influencia del positivismo y neopositivismo, dado que no se consideraba científico, perdiendo parte de los matices de la interacción paciente-terapeuta.

Según Coderch , las características propias del diálogo psicoanalítico, ha de fundarse en el deseo de construir diálogo, en el que existe la posibilidad de que el otro tenga razón. Esto lleva a los conceptos de mutualidad y negociación. El autor destaca la idea de que la relación paciente-terapeuta debe ser igualitaria y asimétrica. Igualitaria porque se reconoce a los dos la capacidad de buscar y reconocimiento de la verdad, y asimétrica porque desempeñan papeles diferentes dentro de la relación.